

GLORIA

MANUEL TAFAS

8 de la mañana. Calle de San Vicente Ferrer, Madrid, España. Me levanto con el primer rayo de luz que atraviesa mi ventana. Lo hago con calma, como buen jubilado. <<Cosas de haber dado ya todo lo que tenías trabajando durante toda tu vida>> pienso, mientras el sol va iluminando poco a poco mi cuarto. El sol da una sensación de plenitud a un cuarto que hace mucho que es vacío, pues una cama para dos es muy grande para uno solo. Gloria no está. No me extraña, hace mucho que está en un mundo mejor, esperándome.

La conocí hace mucho, el verano del 57 me cautivó esa mirada dulce, y desde entonces hemos estado juntos, como cualquier pareja. Fue amor a primera vista. Vivía con su madre, ya que un accidente se llevó a su padre, y ambas hacían lo posible para que las cuentas cuadraran. Se puede decir que no eran precisamente la élite de la sociedad, pero eso a mí me daba igual, ya cambiaría. Además, después de ver algo tan bonito no es fácil soltarlo. Así fue como poco a poco la fui queriendo, dándole todo lo que tenía, sacándole de la absoluta miseria en la que vivía. A pesar de esto, a veces parecía no valorar todo lo que la había dado, pero lo toleraba. Era la mujer que cualquier hombre quisiera a su lado: guapa, agradable, inteligente, y sabía cuándo era momento. Además de buena madre de los 2 hijos que tuvimos en su día. Ellos decidieron marcharse del nido y cada vez visitaron menos y menos, hasta la muerte de su madre, cuando dejaron de venir por completo.

<<La echo de menos>> pienso esta mañana, como tantas otras en las que me levanto pensando en ella. El sol comienza a calentar mi abandonado cuarto. Mi reflexión la corta de pronto la voz del portero nuevo.

<<Señor García, tengo un paquete para usted>> resuena desde el descansillo.

<<Váyase hombre, no son horas>> respondo con el tono amargado propio de estar curtido por los años.

Me pongo en pie, y sigo pensando en ella. Voy a la cocina a hacerme el café que ella siempre me preparaba con una sonrisa. Lo vierto sobre una taza por la cual se nota que han pasado los años. Me siento en la silla en la que siempre me sentaba cuando me llamaba a cenar, y charlábamos mientras degustábamos el manjar que nos había preparado.

<<La vida de un jubilado es dura y monótona>> es mi pensamiento mientras me hago hacia la ducha. Paro para contemplarme ante el espejo. Es impresionante como envejece la carne. El agua ya caliente me hace recordar cuando nos abrazábamos bajo el grifo, refugiándonos del frío madrileño. Salgo de la ducha, y me envuelvo con mi ya descolorada toalla, mientras que la suya me observa desde el toallero pensando cuando volverá a ser usada.

Mi soledad solo es perturbada por la voz del portero otra vez. << Señor, le traigo su paquete>> exclama de manera molesta. Le digo que se vaya, que ya bajaré a por él cuando me apetezca, que no vuelva a subir. El portero se marcha enfadado.

Me visto tranquilamente para salir a dar un paseo. No hay nadie que me peine ni me ajuste el jersey. Gloria siempre lo hacía, a veces de mala gana, pero era su marido, así van las cosas.

Paso por la portería. Vacía. La cólera me invade.

<<Estos extranjeros que vienen aquí a molestar y a la hora de la verdad no dan palo al agua>> grito como si alguien me fuera a escuchar. Salgo del edificio dando un portazo.

Paso por el mercado, ya viejo y olvidado como yo. Era normal ver a mi Gloria ahí, haciendo la compra de la semana, comprando lo mejor que había con el dinero que la había dejado. Los pájaros que revolotean por el parque buscando una miga captan mi atención. Ellos, como cualquier otro estímulo, evocan recuerdos en estos días tan raros en los que no sale de mi cabeza, como si quedara algo por discutir.

Las puertas de la pastelería del barrio están abiertas, como siempre. Un sitio echado a perder con los años, como acaba pasando con todo, pero cuyos bizcochos pueden obrar milagros. A nosotros nos encantaba compartirlos, pero con el paso del tiempo dejamos de venir. Ella me insistía, pero yo la tenía que recordar que estaba cogiendo peso, y una mujer elegante no es así. Muchas veces no me entendía, pero son cosas de mujeres.

Vuelvo hacia casa, pensando que comeré ahora que ella me falta. El portero sigue sin estar. Su mesa está vacía, como si llevara varios días sin aparecer nadie por ella.

<<Malditos ``sudacas``>> grito de nuevo, esperando una respuesta. Nada.

Llamo al viejo ascensor. Tras ya varios años están arreglando el espejo roto de su interior. Yo estaba delante cuando ocurrió. Se rompió en mil añicos cuando el cuerpo de Gloria se chocó con él entre lágrimas. No era mi culpa. Una buena esposa sabe que no debe de faltar al respeto a su marido, y mi curtida palma sobre su piel de porcelana fue un recordatorio, era por su bien.

Ya en mi pasillo, mi corazón se estremeció cuando vi que la puerta estaba abierta. <<No se puede estar peor de la cabeza>> me escarmiento. Mi casa está rara. Es el mismo piso viejo y frío, echado a perder. Las humedades verdes y la pared llena de marcas por

la violencia están ahí. Las sartenes sin lavar apiladas en el fregadero se unen al extraño aroma de podrido que llena el domicilio. Me quito mis zapatos castellanos, y mis calcetines viejos y llenos de agujeros no son rival para el gélido suelo, que provoca que un escalofrío recorra mi cuerpo. Voy al armario. Su ropa sigue ahí. Esos preciosos tejidos hubieran mantenido su integridad y el olor a Chanel número 5 si no fuera por los agujeros que dejaba mi cigarrillo en ellos, cuando no la apetecía cumplir con sus deberes.

Un bulto sobresalía de su lado de la cama, que todavía se mantenía hecha desde el día que la hizo por última vez. Ese día fue un día normal hasta que, mirando en sus cajones mientras ella planchaba encontré unos papeles solicitando un divorcio.

Como se atrevía. Pedir un alejamiento de la persona que la había dado de todo, sacado de la miseria, y que había sido su marido y padre de sus hijos. La ira recorrió mi cuerpo en ese instante, y como un animal, sin pensarlo, la confronté. La ira se iba yendo a cada golpe que mis nudillos toscos infligían en sus húmedos pómulos, dónde la sangre y sus lágrimas se mezclaban sin decir palabra.

Humo. Sangre. Humo y sangre salían de su cuerpo inmóvil y caliente tendido en el salón. Un cuerpo que era un recuerdo de una vida juntos, y cuyos ojos me miraban como el primer día que la vi, en ese verano del 57, mientras la metía en el arcón de la cama que habíamos compartido.

Nunca más había mirado ahí dentro. No tenía el valor. Pero la curiosidad me empezó a llamar. Decidí hacerlo. No sabía que esperar. Mis piernas temblaban. Los oídos me pitaban. La garganta se me hacía un nudo. Angustia.

Angustia sentía a cada paso que daba, angustia como cuando te quedas sin respiración debajo del agua, angustia como cuando no puedes correr en tu peor pesadilla. Angustia y miedo.

Estaoy delante del arcón. Las manos cuyos nudillos un día fueron fuertes y valientes se estremecen mientras se acercan a la tapa. Hago de tripas corazón y decido levantarla. Pesa mucho, como si algo en mi interior no quiere abrirla, como si algo supiera que es mejor dejarlo tal y como esta. Pero la tapa ya está quitada.

Nada. Está vacío. Un mareo invade mi cuerpo, y el vértigo y ansia se apoderan de mis ya viejas y molidas carnes. Vacío, menos por una cosa, un pequeño paquete envuelto en papel verde oscuro, sin remitente. Lo cojo y lo examino, por fuera solo muestra un nombre, Doña Gloria Bermúdez.

Mi cabeza confundida manda órdenes a mis manos de abrirlo, lo más rápido posible, para ver si me aclaraba algo. Como un animal malherido del cual se apodera la angustia antes de recibir una última estocada por parte de su cazador. Me siento cazado.

El interior del paquete contiene una breve nota, escrita a mano, sobre un papel blanco. Los garabatos que mi cazador rasgó sobre la hoja leen: <<LO SÉ TODO>>.

Levanto la cabeza con la fuerza que lo haría alguien que sabe que ha obrado muy mal. Ahí es cuando noto el impacto de algo duro y fuerte.

Oscuridad total.